

El «excelente ejemplo» sedujo á los intendentes vecinos, á los de las generalidades de Burdeos y de Montaubán, á quienes Louvois puso en condiciones de seguirlo. En efecto, á fines de julio, Louvois escribe al señor de Boufflers, que mandaba las tropas de la frontera española, que habiéndose el Consejo de Madrid apresurado á conceder cuanto Su Majestad pueda desear, no sería ya necesaria una «irrupción» en España:

«En su consecuencia, Su Majestad ha juzgado conveniente servirse de las tropas que están á vuestras órdenes para, durante el resto de este año, disminuir lo más que se pueda, en las generalidades de Burdeos y de Montaubán, el gran número de religionarios que allí hay, é intentar obtener allí, si es posible, un número de conversiones tan grande como el de las conseguidas en Bearn.»

El milagro de Bearn se reprodujo en Guiena: en los primeros días de septiembre, Boufflers comunicaba que desde el 15 de agosto se habían efectuado sesenta mil conversiones en la generalidad de Burdeos y veinte mil en la de Montaubán. Una semana después, Louvois cuenta ciento treinta mil convertidos. En Langüedoc las cosas van de prisa, demasiado de prisa, según parece opinar el duque de Noailles:

«Ya no sé qué hacer de las tropas, escribe, puesto que las poblaciones adonde las destinaba se convierten generalmente y tan de prisa, que lo más que pueden hacer las tropas es pernoctar una noche en los lugares adonde las envió.»

Montpellier, en efecto, se convirtió por deliberación y Nimes abjuró. El día 3 de octubre pelotones de dragones ocuparon las puertas de esta última ciudad y se ordenó á los hugonotes que se reunieran en la catedral, en donde estaban el gobernador Noailles, el intendente Basville y los magistrados del presbiterio. El obispo les arengó desde el púlpito y en grupos de doce pronunciaron el juramento de abjuración, recibiendo cada uno una contraseña con las armas del prelado. Efectuada la ceremonia, el gobernador mandó registrar las casas y á los protestantes que no tenían la contraseña les dió veinte días para abjurar, conminándoles para después con la pena de confiscación y galeras perpetuas. Celebróse una misa en honor de los convertidos, que la oyeron de rodillas y vigilados por el regimiento de La Fere.

Casi en todo el reino operaban los misioneros y los dragones, siendo éstos los que aseguraban la victoria. Cosnac, después que hubo regresado á Valence, escribía al salir de la Asamblea de 1685:

«Apenas he llegado, se enviaron dragones á todas partes en donde había hugonotes... No economicé mis esfuerzos personales para procurar conversiones, pero confieso que el miedo á los dragones y los alojamientos en las casas de los herejes podían contribuir á ello más que yo.»

Ciertamente que el rey no tuvo noticia de todas esas violencias. Foucault, en una carta dirigida al primer presidente del Parlamento de Pau, confiesa «con dolor» los «desórdenes cometidos por los oficiales y por los soldados;» pero los imputa á las víctimas: «La culpa es de esos miserables, que no han querido escuchar lo que se les ha predicado tantas veces, es decir, que se verían obligados á rendirse cuando estuvieran entera-

mente arruinados.» Pero Foucault no habla de esos desórdenes en sus memorias, como no habló de ellos en los despachos enviados á Versalles; tampoco Noailles notificó al rey las violencias cometidas en Langüedoc, contentándose con decir, en una carta dirigida á Louvois en 15 de septiembre, pidiendo algunas benignidades para los recién convertidos, que «si bien se les guardaron grandes consideraciones á causa de su pronta obediencia, forzosamente han de haber sufrido mucho.» Al mismo tiempo anuncia al ministro que no tardará en enviarle algún hombre de talento que le dé cuenta minuciosa de todo y conteste á todo lo que él desea saber y no puede escribirse.» Cuando el rey se enteró directamente de alguna violencia, ordena á Louvois que reprenda al intendente. Foucault, enviado al Poitou después de haber convertido el Bearn, continuó allí sus hazañas; pero habiendo algunos habitantes de Niort hallado medio de ver al rey y exponerle sus quejas, Louvois escribió al intendente: «La violencia no es del agrado de Su Majestad.» En vista de que Foucault no variaba de conducta, se le amenazó con la destitución; mas no hizo caso alguno de la amenaza, creyendo sin duda que lo único que se estimaba censurable en su proceder era que hubiese dejado llegar las quejas á oídos del monarca. Intentóse entonces interceptar las informaciones, y en octubre de 1685 Louvois encargó á Foucault que impidiera el envío de diputados protestantes, anunciándole que serían encerrados en la Bastilla cuantos llegaran á Paris. Todos aquellos obreros de la revocación sabían perfectamente que no arriesgaban su fortuna, excediéndose, en estos asuntos, á las instrucciones y órdenes que recibían; y realmente, si el rey hubiese querido de verdad castigar á los violentos, habría encerrado en la Bastilla á los Marillac y á los Foucault, y habría también dicho públicamente algo que hubiese contenido los excesos de celo.

Las noticias recibidas en septiembre y octubre de 1685 llenaron de entusiasmo al monarca, quien, en 6 de septiembre comunicaba «con gran placer» á la corte las conversiones de Burdeos, y dos días después análogas noticias del Poitou. El día 5 de octubre «supose que Montpellier y toda su diócesis se habían convertido;» y el 7 se supo lo mismo de Nimes; la conquista de estas ciudades permitía esperar la próxima capitulación de toda la herejía. Las cartas de Louvois cantaban victoria; parecía que todo era cuestión de un poco de paciencia. Ya casi no quedaban hugonotes, y los pocos que aún había, no podían dejar de convertirse, con lo cual se evitaría el escándalo de una revocación.

Sin embargo, la victoria no tarda en originar ciertas dificultades. A los hugonotes que se convirtieran se les había prometido la exención del pecho y del alojamiento militar, promesa que podía cumplirse mientras sólo se trataba de unos centenares ó millares de conversos; pero ahora el número de éstos se contaba por cientos de miles, y como el Estado no podía renunciar á aquella parte de contribuciones, forzosamente la carga de que se eximía á los nuevos católicos, había de reparirse entre los católicos viejos, de lo cual resultaba que en el reino cristianísimo constituía un privilegio el haber nacido hereje. De aquí que Louvois escribiera en

8 de septiembre al contralor general: «El rey me encarga que os diga que aplacéis hasta su regreso de Fontainebleau la expedición y el envío del decreto del consejo que Su Majestad os había ordenado para hacer eximir del pecho á los recién convertidos;» y por otra parte notifica que las tropas serán alojadas lo mismo en las casas de los nuevos católicos que en las de los antiguos. Pero aunque el monarca había contraído la costumbre de faltar á las palabras dadas, habría sido demasiado escandaloso retirar, después de la conversión, las promesas que tantas conversiones habían de-

En Langüedoc habíanse propuesto, en 1683, conferencias contradictorias; pero hubo que renunciar á ellas, según dicen las memorias de Noailles, «porque no se encontraban doctores católicos bastante sabios para defender la causa de Dios.» Dos años después, Noailles pide que Su Majestad «obligue á los señores obispos á enviar buenos sacerdotes para instruir á los pueblos que quieren que se les predique,» y teme que «el rey se vea en esto peor obedecido por los sacerdotes que por los religionarios...»

Boufflers expone desde Guiena las mismas quejas, y



Fenelón

terminado. Un solo medio había de legitimar la abolición de los privilegios, y era hacer que todo el mundo volviera á una condición común mediante la supresión del Edicto.

Otra causa de dificultad y de inquietud eran las peticiones de todos los intendentes y gobernadores que reclamaban sacerdotes capaces de conquistar con la palabra y con el ejemplo el alma de los convertidos. Foucault, al mismo tiempo que notifica la conversión de Pau, pide que le manden misioneros: «Los mejores predicadores no son demasiado buenos para ocupar el puesto de los ministros, que predicaban bien. Todos los párrocos del Bearn son ignorantes y de malas costumbres.» Después de haber sido trasladado del Bearn al Poitou, escribe «que la vida escandalosa de los párrocos es en muchas parroquias un gran obstáculo para las conversiones.» Los convertidos «se acercan siempre con dificultad á los sacramentos; más fácilmente escuchan la predicación, pero la mayoría de los párrocos no tienen talento para predicarles convenientemente.»

el rey ordena que se escriba á los obispos de las generalidades de Burdeos y de Montaubán, «excitándoles á que cambien los párrocos que por su mala conducta y por su ignorancia son incapaces de desempeñar las funciones de tales.» Louvois comprueba que en aquellas generalidades «comunidades enteras no han querido abjurar en manos de sus párrocos, por el horror que el desorden de su vida les inspiraba.»

Iguales lamentaciones se formularán después de la revocación. Fenelón escribe desde Saintonge, en donde predica, que las instrucciones que él les da impresionan, al parecer, á los hugonotes «hasta hacerles derramar lágrimas;» pero saben que la misión de Fenelón sólo se halla allí de paso: «En cuanto os vayáis, estaremos á la merced de los frailes, que no nos predicán más que en latín, de las indulgencias y de las cofradías; ya no nos leerán el Evangelio, ya no oiremos explicarlo y no nos hablarán sino con amenazas.»

De manera que hombres convertidos por la violencia y por el miedo esperan tal vez que se les hable; pero



los párrocos son mudos y nada tienen que decir, ó bien, satisfechos con tener al fin bajo su poder á aquellos hugonotes malditos, les amenazan. Su celo, como dice Noailles, «se parece menos al celo verdadero que al espíritu de odio y de venganza.» Y si de la plebe de los párrocos, ignorantes, groseros y livianos, subimos hasta los grados supremos de Iglesia, veremos que los obispos no parecen animados más que por el amor propio y el interés personal. Cuesta trabajo creer que Gondrin, arzobispo de Sens, y Cosnac, obispo de Valence, sintieran realmente los dolores de la Iglesia, «madre afligida,» que expresaban; aquellos dos prelados no eran hombres que vivieran una existencia melancólica. Una de las muchas indignidades de la revocación fué la mediocridad moral del clero de Francia.

La mayoría de los que se habían convertido, en un momento de perturbación, seguían, pues, siendo en el fondo de su corazón hugonotes. La señora de Maintenón lo sabía y se consolaba de ello por una razón singular:

«Creo muy bien, decía, que no todas esas conversiones son sinceras; pero Dios se vale de toda clase de medios para hacer que los herejes vuelvan á Él. Si los padres son hipócritas, sus hijos, por lo menos, serán católicos. Su reunión exterior los aproxima siquiera á la verdad; tienen de común con los fieles los signos. Rogad á Dios que los ilumine á todos.»

Pero mientras esperaban que Dios, á falta de sacerdotes y de misioneros, les iluminase, los recién convertidos insinceros eran numerosos y permanecían agrupados, cosa que inquietaba á Louvois: «Hay que evitar, decía, que esa sumisión unánime mantenga entre ellos una especie de intriga que en lo sucesivo habría de ser altamente perjudicial.» Sospechábase que los ministros trabajaban por fomentar esa intriga; y ministros los había aún, á pesar de la emigración y de la proscripción, reconociendo el gobierno que debía haberlos, aunque no fuese más que para casar y bautizar, mientras la R. P. R. conservase un fragmento de estatuto legal, y llegando hasta establecerlos él mismo en varias poblaciones. El gobierno hallábase perplejo y no veía más que un medio de salir del apuro: «El rey, escribía Louvois á su padre, ha creído que en el presente estado de cosas era un bien desterrar lo más pronto posible á los ministros.» El destierro de éstos fué el objeto principal de la revocación.

El texto del Edicto, propuesto por Le Tellier y meditado y corregido por el rey, fué firmado en 18 de octubre. En el preámbulo, recuerda al monarca el «propósito» de su abuelo, de su padre y de él mismo de «reunir á la Iglesia á los que tan fácilmente se habían separado de ella.» Hasta la tregua de 1684 no pudo hacer más que cerrar algunos templos y cámaras partidas; pero ahora que, por permisión divina, sus pueblos disfrutaban de un sosiego perfecto, quiere «dedicarse enteramente á buscar los medios de lograr el buen éxito del propósito.» Nada tan sencillo, en su concepto:

«Al presente vemos con el justo agradecimiento que debemos á Dios, que nuestros cuidados han dado el resultado que nos proponíamos, puesto que la mejor y mayor parte de nuestros súbditos de dicha R. P. R. han abrazado la Católica; y como, gracias á esto, la ejecución

del Edicto de Nantes... se hace inútil, hemos juzgado que nada mejor podíamos hacer, para borrar enteramente la memoria de los disturbios, de la confusión y de los males en nuestro reino producidos por el progreso de esa falsa religión..., que revocar totalmente dicho edicto.»

Grande es el contraste que ofrecen el preámbulo del edicto de 1685 y el del edicto de 1598: en 1598 Enrique IV recuerda «los espantosos trastornos, confusiones y desórdenes» de los primeros años del reinado y recuerda asimismo cómo «arrostró la tormenta;» y pone al mundo por testigo de que en «aquella buena obra» de la restauración del reino, en la que Dios «ha querido servirse de su labor;» ha puesto lo que era de su «deber y poder;» ya que «tantas veces y tan libremente ha expuesto» su vida. Quien así habla es una persona viviente, el hombre del jubón agujereado, que se vió en la ruina y que ostentó su penacho blanco en las batallas. Al orgullo de la hermosa obra realizada mézclase una especie de melancolía. Enrique IV aconsejaba á sus súbditos que «se contuvieran y vivieran pacíficamente juntos, como hermanos, amigos y conciudadanos;» pero sabiendo cuán difícil es «suprimir la causa del mal y el trastorno que puede sobrevenir en materia de religión, más resbaladiza y penetrante que todas las demás,» rogaba á Dios que se sirviera ayudarle en su empresa.

«Con lo que imploramos y esperamos de su Divina bondad la misma protección y el mismo favor que ha dispensado siempre visiblemente á este reino desde su origen y durante toda esta larga edad que ha alcanzado, y que conceda á nuestros dichos súbditos la gracia de comprender bien que en el cumplimiento de nuestra ordenanza estriba (después de lo que es su deber para con Dios y para con Nos) el fundamento principal de su unión y concordia, tranquilidad y reposo, y del restablecimiento de todo este Estado en su primer esplendor, opulencia y fuerza.»

En 1685 vemos formulada en lenguaje glacial, im personal y altanero la declaración de que tres reyes sólo han otorgado y consentido la tolerancia para mejor suprimirla en el momento oportuno; la mentira de que el rey se limitó hasta 1684 á cerrar algunos templos y cámaras partidas; la mentira de que «la mejor y mayor parte» de los súbditos pertenecientes á la R. P. R. se han convertido, cuando el rey no podía ignorar que «los mejores» estaban en el destierro ó en las galeras. En la colección de documentos de nuestra historia, como de toda historia, hay páginas vergonzosas, y una de ellas es el preámbulo del Edicto de revocación.

El Edicto ordenaba la demolición de los templos y la cesación de los ejercicios; la clausura de las escuelas protestantes; el bautismo, administrado por los párrocos, de todos los que nacieran de la R. P. R.; el destierro de los ministros que no quisieran convertirse, y la pena de galeras para todos los adeptos de la R. P. R. que salieran del reino.

El aplauso fué casi universal y apenas si hubo algunos, entre ellos Vaubán y Saint-Simón, que se afligieron y se indignaron en secreto. Saint-Simón, en su *Parallèle des trois premiers rois Bourbon* («Paralelo de los tres primeros reyes Borbón») condena el acto «cometido sin el menor pretexto y sin ninguna necesi-

dad,» y se burla de la ilusión que ofuscaba á Luis XIV:

«El rey se creía un apóstol y se imaginaba que haría revivir los tiempos apostólicos, en los cuales se administraba el bautismo á millares de personas á la vez; y esa embriaguez, sostenida por elogios sin fin, en prosa y en verso, en arengas y en toda clase de producciones de elocuencia, le mantuvo los ojos herméticamente cerrados respecto del Evangelio y de la incomparable diferencia entre su manera de predicar y convertir y la de Jesucristo y sus apóstoles.»

En cambio hombres como La Bruyere y La Fontaine aprobaron su proceder; la señora de Sevigné celebró el edicto, diciendo: «Nada hay tan hermoso como lo que el edicto contiene, y nunca rey alguno ha hecho ni hará nada más memorable;» y Bossuet expresó realmente la opinión pública cuando dijo en la oración fúnebre de Le Tellier:

«Publiquemos ese milagro de nuestros días; abramos nuestros corazones ante la piedad de Luis; hagamos llegar nuestras aclamaciones hasta el cielo y digamos á ese nuevo Constantino, á ese nuevo Teodosio, á ese nuevo Marciano, á ese nuevo Carlomagno: «Esa es la obra digna de vuestro reinado, es el verdadero carácter del mismo; merced á vos la herejía ya no existe; Dios solo ha hecho esta maravilla.»

Para apreciar con justicia el error de aquel entusiasmo, es menester ante todo recordar que la tolerancia era una virtud casi desconocida en los siglos XVI y XVII, y que las persecuciones protestantes no fueron menos odiosas que las católicas. La historia de Ginebra, la de Holanda, la de Inglaterra nos dicen lo que en Francia habría hecho contra una minoría católica una mayoría protestante. Pero para bien comprender toda la conducta de la Francia católica, es preciso recordar también otras muchas y muy diversas cosas: que en la subsistencia de la Iglesia se interesaban numerosas familias de la nobleza, de la magistratura y de la burguesía, que de su riqueza se alimentaban; que la pasión francesa del orden, de la grandeza y del esplendor no podía hallar satisfacción en medio de las divisiones é incertidumbres ni en la modestia y mediocridad de la iglesia hugonote; que el temperamento francés no se avenía con el dogmatismo y la severidad del predicador hugonote, ni con su aspecto extranjero, y que en el combate contra aquel «culto enemigo de la soberanía,» como decía La Bruyere, la fe católica iba acompañada de la fe monárquica. De suerte que si la adulación y el servilismo tomaron parte en el aplauso universal, también se ma-

nifestó en éste una repugnancia, que puede llamarse católica y nacional, á la herejía y á la disidencia calvinistas. Admitir dos religiones en el reino, como había hecho el rey Enrique, era preparar otra concepción más amplia, más humana, más libre, del Estado y de la patria; y como los ánimos no estaban preparados para recibirla y el nieto de Enrique IV, colocado en distintas circunstancias que su abuelo, ni siquiera la comprendía, de aquí que se adoptara la resolución de volver las cosas al ser y estado que tenían antes de la rebelión de la Reforma, lo cual significó para Francia un retroceso de un siglo.

Pero en seguida se vió cuán imposible era hacer efectivo aquel retroceso. El último artículo del Edicto autorizaba á los de la R. P. R., no convertidos todavía, á permanecer en el reino, en espera de que pluguiera á Dios iluminarlos como á los demás y mediante la condición de que no ejercerían en absoluto su culto. Quizás el rey había cedido á un último escrúpulo al permitir á aquellos obstinados que muriesen en su impenitencia; acaso quiso con esa gracia evitar que emigraran; mas sucedió que de ello se prevalieron algunos conversos para negarse á concurrir á las iglesias y á recibir los sacramentos en el lecho de muerte. Por otra parte, á pesar del Edicto quedáronse en Francia algunos ministros, y otros, que habían emigrado, volvieron. Entonces sucediéronse actos y edictos atroces é inútiles, y se reprodujo el espectáculo del éxodo del pueblo de Israel de Egipto, huyendo los religionarios bajo toda clase de disfraces, apelando á toda especie de astucias y osadías, y atravesando el Atlántico y la Mancha en barcos sin puentes. Más de doscientos mil franceses se expatriaron y no eran ciertamente gente advenediza aquellos hombres, soldados, marinos, magistrados, sabios, manufactureros y artesanos, que abandonaban su patria para no renegar de su fe.

Todas aquellas fuerzas arrebatadas á Francia fortalecieron al extranjero que iba á convertirse en enemigo; porque en la historia de nuestra política extranjera se verán las consecuencias de la revocación. Los que creían exterminar la Reforma en Francia quisieron exterminarla en Europa; así lo confesó con necia fatuidad Cosnac ante la Asamblea del Clero, y también con fatuidad altanera comunicó Luis XIV esa hermosa esperanza á sus embajadores en España y en Inglaterra. Pero el protestantismo no será destruído ni en Europa ni en Francia; la política contra los reformados, como la política contra Roma y contra los jansenistas, acabará en bancarota.